

la acción pública hubo un desarrollo del aparato representativo que sirve para expresar la voluntad intermedia; así también se verificó un desarrollo del agregado indefinido de las personas ricas y cultas cuyos hábitos imponen, por su *consensus*, reglas á la vida privada de la sociedad en general. Por último, es necesario observar así en uno como en otro caso, que este compromiso siempre variable entre la violencia y la libertad, tiene por resultado el acrecentamiento de la última. En efecto; mientras que en definitiva la autoridad del gobierno sobre las acciones del individuo disminuye, la moda deja de ser rígida; de ello se vé un ejemplo en la mayor latitud con que la opinión privada se coloca en ciertos límites vagamente trazados.

Primero imitación de los defectos, luego poco á poco imitación de otros rasgos particulares de un superior; la moda siempre ha tendido á producir la igualdad. Sirviendo para oscurecer y al cabo para borrar las señales de las distinciones de clase, ha favorecido el desarrollo de la individualidad, y por esta razón ha contribuido á debilitar el ceremonial que supone la subordinación.

PASADO Y PORVENIR DEL CEREMONIAL

Hallamos, pues, que las reglas de conducta no son resultado de convenciones deliberadas como parece creerse. Por el contrario, son productos naturales de la vida social nacidos de una gradual evolución. Además de las pruebas de detalle que de ello tenemos, hay una general que hallamos en la conformidad de esta evolución con la evolución general.

En los primitivos grupos de hombres que no conocían la autoridad de un jefe, las costumbres que regulan la conducta no forman más que un conjunto de escasa importancia. Un pequeño número de actos de inspiración natural frente al extranjero, mutilaciones en ciertos casos, y finalmente algunas prohibiciones relativas á ciertos comestibles reservados como privilegio á los adultos: hé ahí todo el código de los usos. Pero á medida que estas sociedades se unen para formar sociedades compuestas, ó doble y triplemente compuestas, se acumula un gran número de disposiciones ceremoniales reguladoras de todos los actos de la vida: prodúcese un crecimiento en la masa de las prácticas.

Estas prácticas, simples en su origen, se hacen progresivamente complejas. Una misma raíz da origen á varias clases de reverencias. Los nombres descriptivos de los primeros tiempos se transforman en una multitud de títulos jerarquiza-

dos. Las primitivas saluciones se hacen con el tiempo fórmulas de cumplido aplicadas á las personas y á las circunstancias. Las armas conquistadas en la guerra originan símbolos de autoridad, y poco á poco experimentan transformaciones muy derivadas. Al mismo tiempo, ciertos trofeos, al dar lugar por vía de diferenciación, á insignias, trajes y condecoraciones, tienden en cada una de estas divisiones á innumerables variedades de estilos que no presentan ya semejanza ninguna con los usos originales. Además de la creciente heterogeneidad que en cada sociedad se manifiesta entre los productos salidos de un origen común, hay otra heterogeneidad que se efectúa entre este agregado de productos en una sociedad y los agregados análogos en otras sociedades.

Al mismo tiempo, las prácticas se hacen más y más definidas y llegan á terminar, en Oriente por ejemplo, en formalidades fijas cuyas detalles son objeto de un reglamento del que uno no puede desentenderse sin incurrir en penas. Por último, en varias partes, el inmenso cúmulo de ceremonias complejas y definidas que nacen de esta elaboración, se condensa bajo la forma de códigos coherentes formulados en libros.

Hé aquí, pues, un progreso bien establecido en heterogeneidad, precisión y coherencia.

Cuando vemos la unidad de origen del ceremonial, tal como en las hordas primitivas existe, y la comparamos con la diversidad que éste reviste en las sociedades avanzadas bajo sus formas políticas, religiosas y sociales, es fácil reconocer otro punto de vista de esta transformación experimentada por todos los productos de la evolución.

El origen común de las formalidades propiciatorias, que con el tiempo no parecen ya tener vínculo alguno de parentesco, está indicado en nuestro primer volumen por las numerosas analogías que se observan entre las ceremonias religiosas y las verificadas en honor de los muertos; los capítulos precedentes han manifestado que las analogías entre las ceremonias de una y otra clase y las que se verifican en honor de los vivos, son más notables aun. Vimos depositar á los piés de los jefes, en las tumbas, en los templos, y hasta ofrecer á los iguales, partes del cuerpo arrancadas como trofeo, al de los vencidos; vimos que las mutilaciones causadas por esta costumbre se hacen muestras de sumisión hácia los reyes, los dioses, los padres muertos, y en algunos casos hácia los amigos vivos. Hallamos primeramente los presentes, compuestos de víveres al principio, ofrecidos por los salvajes á los extranjeros para asegurarse su benevolencia: despues pasamos á los presentes compuestos primiti-

vamente también, de comestibles, hechos á los espíritus y á los dioses; ofrendas que en los pueblos cuyo culto á los antepasados está en boga, se convierten por desarrollo en sacrificios en los que se revelan transformaciones análogas; en China por ejemplo, donde se les ofrecen comidas de varios platos, lo propio que ante los anaqueles dedicados á los antepasados, los hombres glorificados por la apoteosis y las grandes divinidades, y en la cual hay costumbre de decir que «todo lo que es bueno para comer lo es para sacrificar.» Se visitan las tumbas en prueba de respeto á los espíritus de los muertos; los templos, para adorar en ellos á los dioses á quienes se supone presentes; la corte de los soberanos para atestiguarles su fidelidad, y los particulares para demostrarles la consideración que su persona nos merece. Se inclina uno en una actitud que suponía primitivamente el estado de súbdito, ante los monarcas y señores feudales; se inclina también ante los dioses; se hace otro tanto en honor á los muertos, y se adopta igual actitud ante los iguales. Expresiones tan pronto de la humildad del que habla como de la grandeza de aquel á quien uno se dirige, fórmulas de cumplimiento, semejantes por su naturaleza, sirven para el soberano visible lo mismo que para el invisible; después, por una extensión que primeramente permite su uso hacia personas de un poder menor, acaban por emplearse para con las personas de categoría ordinaria; por otra parte, los títulos que atribuyen la categoría de padre ó la supremacía, aplicados primeramente á los reyes, á los dioses y á los muertos, conviértense á la larga en títulos honoríficos usados á favor de las personas del pueblo. En las imágenes de los dioses se encuentran los objetos que para los monarcas son símbolos de autoridad; en ciertos casos, los potentados del cielo y los de la tierra, llevan trajes análogos y atributos parecidos; en fin, ciertas prendas del traje ó ciertas insignias que antiguamente servían para atestiguar la superioridad de la categoría social, acaban por no ser más que ornamentos de ceremonia, que llevan particularmente en las grandes festividades, las personas de clase inferior. Existen otras notables analogías. La costumbre de la unción nos ofrece una de ellas; reservada primeramente á los reyes y á las imágenes de los dioses, extendióse en Egipto hasta el punto de uncir á los muertos y á los huéspedes. Todavía en Egipto, las ceremonias de los cumpleaños eran á la vez sociales, políticas y religiosas; no solo se celebraban los cumpleaños de los particulares y los de los reyes y reinas, si que también los de los dioses. No hemos de dejar de hacer mención del carácter sagrado de los nombres. En un gran número de países está prohibido el pronunciar el nombre del dios, ó lo ha estado; en otros se aplica la misma prohibición al nombre del rey; en otros es un crimen

el hacer alusión á un muerto pronunciando su nombre; por último, en diferentes naciones salvajes no puede tomarse en vano el nombre de una persona viviente. El sentimiento de la presencia del objeto del culto ó de la persona que se honra, opone una barrera á la violencia; hay también consecuencias que son análogas. No solamente es sagrado el templo del dios, sino que lo es también en varios países la tumba del jefe, y en otros, en Abisinia por ejemplo, la presencia del monarca goza de este mismo privilegio, «se castiga con la muerte al que pega ó levanta la mano para pegar en presencia del rey (1).» Entre los pueblos de Europa, la costumbre que impide el batirse ante una señora, muestra cómo este elemento de la regla ceremonial penetra en las relaciones sociales. Añadamos, para terminar, una exposición más completa de un ejemplo curioso al cual hemos ya aludido, el del uso del incienso en el culto de un dios como honor político y como práctica social. En Egipto ofrecíase por igual el incienso á los reyes y á los dioses. Clavijero nos dice que «la ofrenda de incienso en los mejicanos y otros pueblos del Anahuac, no solo era un acto de religión para con los dioses, sino también de cortesía en las relaciones civiles para con los señores y los embajadores (2).» En Europa, durante la Edad Media, se quemaba incienso en las iglesias, no solo como ceremonia del culto divino, sino también como homenaje tributado á la categoría social; cuando los nobles entraban en la iglesia, tenían derecho á cierto número de humaradas de incienso, según el grado de nobleza de cada uno de ellos. En fin; un pasaje de una comedia de Ben Jonson (3) hace suponer que en tiempo del autor existía aun la tradición de esta costumbre, y se usaba como acto de cortesía.

Si numerosas analogías nos atestiguan el origen común de prácticas que hoy se distinguen unas de otras en las clases política, religión y relaciones sociales, si en estas vemos su comprobación en los detalles de la hipótesis según la que el gobierno ceremonial precedería cronológicamente á las demás formas de gobierno, en las cuales se la hallaría siempre á título de elemento, veamos cómo, con arreglo á las leyes generales de la evolución, esta unidad se subdivide por diferenciación en los tres grandes órdenes, al mismo tiempo que cada uno de estos se diferencia á su vez.

Desde el perro que se arrastra sobre el vientre y va á lamer la mano del

(1) James Bruce. *Travels etc.* VI, 16.

(2) Clavijero, lib. VI, c. 20.

(3) *Every Man out of his Humour*, acto II, escena 2.ª

dueño que le ha pegado, seguimos la ley según la cual las formas ceremoniales son el producto natural de la relación que une al vencedor y al vencido y la ley que es su consecuencia, á saber, que estas formas se desarrollan con el tipo militar de sociedad. Puesto que nosotros volvemos otra vez más á enunciar esta última ley, conviene presentarla bajo un punto de vista distinto. He aquí hechos que muestran la relación entre el ceremonial y el régimen militar, en su rigor, en su precisión, en su extensión y en su complicación á la vez.

«En las islas Fiji si un jefe ve que uno de sus vasallos no se inclina en su presencia lo bastante, le mata en el acto (1).» Vense allí «las manos de los hombres y de las mujeres despojadas de los dedos en castigo de un acto de torpeza ó de una falta de respeto.» Williams nos enseña que en esta nación sanguinaria y gobernada con ferocidad «el lenguaje vulgar no sirve para hablar de un miembro del cuerpo ó de los actos más ordinarios de la vida cuando se trata con un jefe, sino que se habla de uno y otros hiperbólicamente (2).» El África nos presenta otro ejemplo de esta relación entre el rigor del ceremonial y el del poder despótico que va unido al exceso del régimen social militar. En el reino de Uganda, el rey á quien Speke acababa de regalar una carabina mandó un paje á la puerta para probar esta arma, tirando contra el primero que percibiera á la distancia indicada (3).» Según Stanley durante el mando del último rey, Suna, transcurrieron cinco días en la matanza de treinta mil prisioneros que se habían rendido. En este país «un oficial á quien se vea saludar sin las debidas formalidades, es enviado al suplicio (4),» y otro que al bajarse enseñe por casualidad una pulgada de pierna desnuda, ó que lleve su *mbugu* atado contra regla, es condenado á la misma suerte (5).» En Asia; entre los Siameses, pueblo más avanzado en civilización observamos una relación semejante. Entre ellos, todos los varones adultos son soldados; un rey sagrado reina con omnipotencia sobre ellos. No puede franquearse el dintel de los «palacios del rey sin atestiguar su respeto» según reglas conocidas, y una pena cruel castiga toda infracción de estas reglas cometida por inadvertencia (6).» Hasta en las relaciones sociales «los errores de esta clase de deberes (inclinaciones y reverencias) pueden ser castigadas á palos.»

(1) Capt. Erskine. *Journal of a Cruise*, etc. 462.

(2) Williams and Calvert. *Fiji, and the Fijians* I, 37.

(3) Speke, *Journal*, 298.

(4) Stanley, *How found Livingstone*, I, 369.

(5) Speke, *loco citato* 256.

(6) Bowring. *The Kingdom*, etc. I, 435.

(7) Capt. Wilkes, *United States Exploring Expedition*, III, 226.

Mientras la regla ceremonial se presenta rigurosa, es muy definitiva. En las islas Fiji «hay diversas formas de saludo según la clase de las personas; y se pone mucho cuidado en hacer que el saludo esté dentro de las formas requeridas (7);» esta precisión depende naturalmente, de que toda falta contra las prácticas, se castiga con la pérdida de un dedo. La misma causa tiene por resultado la existencia de una precisión análoga en los reinos africanos en los que impera un gobierno tiránico. En Loango, por ejemplo, un rey mató á su propio hijo y mandó descuartizarlo porque le había visto beber (1). Entre los Achantes «reina una política meticulosa y un complicado y ceremonioso formalismo (2).» Por último, esta precisión, es el carácter de las prácticas en los Estados despóticos de Oriente. «Los Siameses dice La Loubère, dicen casi siempre lo mismo en iguales ceremonias. En las audiencias solemnes del rey de Siam, se saben casi anticipadamente las palabras que pronunciará (3).» Del mismo modo en China, hay en el salón imperial de audiencia unas piedras incrustadas con placas de bronce en las que están grabadas en caracteres chinos, la calidad de las personas que deben permanecer en pie ó arrodilladas (4).» Es más fácil, dice Huc, ser cortés en China que fuera de ella, puesto que la urbanidad está allí sometida á reglas más fijas (5).» El Japon también nos ofrece un ejemplo de esta precisión en la aplicación de las prácticas á los casos. «Las muestras de respeto hacia los superiores... están allí graduadas, desde un leve signo de reconocimiento hasta la prosternación más absoluta.»—«Las leyes lo mismo que la costumbre llegan á consagrar este estado de cosas, y sobre todo, el derecho concedido á los hombres de dos sables para hacerse la justicia por sus manos en el caso de ser insultados.» La misma Europa en las regiones en que el régimen militar es más floreciente y sufren un gobierno autocrático, no deja de ofrecernos ejemplos. En Rusia; nos dice el marqués de Custine, en el casamiento del gran duque Leuchtenberg (1839) el emperador Nicolás «no cesaba de interrumpir sus plegarias, ni de ir de una á otra parte para remediar las omisiones de las formalidades de etiqueta entre sus hijos ó el clero... Todos los altos funcionarios de la corte, parecían gobernados por su dirección suprema y minuciosa (6).»

(1) Astley, *Collection* etc. III, 226.

(2) Brodie Cruickshank, *Eighteen Years on the Gold Coast*, etc. I, 109.

(3) La Loubère. *Du royaume de Siam*. I, 172.

(4) Kinkerston, *General Collection*, VII, 265.

(5) Huc, I, 212.

(6) Marqués de Custine, *Rusie*.

Los gobiernos despóticos de Oriente nos ofrecen ejemplos muy sorprendentes también de la extensión y complicación sabia de las reglas ceremoniales. «Cuando están reunidos muchos Siameses, dice La Loubère, y se junta con ellos un recién venido, sucede muchas veces que cambia la actitud de cada uno. Saben ante quien y hasta qué punto deben inclinarse, ó permanecer en pié ó continuar sentados; si deben juntar ó no sus manos, tenerlas levantadas ó caídas, si cuando están sentados deben adelantar un pié ó los dos, ó tenerlos ambos escondidos (1).» El mismo monarca está sujeto á deberes análogos. «El *Phra raxa monthieraban* (que parece ser el libro sagrado) fija las reglas á que está obligado á obedecer el soberano; prescribe las horas para levantarse, las del baño, la manera de ofrecer limosnas y las que es necesario hacer á los Bonzos; las horas de audiencia para los nobles y los príncipes, el tiempo que debe consagrarse á los negocios públicos y al estudio, las horas de comer, y fija el momento en que la reina y las damas de palacio deben recibirse (2).» En la relación de su embajada á Ava, Syme cuenta que «la subordinación de las clases está conservada y determinada por los Birmanos con el más extremado rigor. No solo las casas, sino los muebles más usuales, tales como la caja de betel, la botella del agua, la copa para beber, y los jaeces de los caballos, expresan y revelan con su forma y calidad la exacta posición de su propietario (3).» También en China, el Li-ki, ó libro de los ritos da reglas para todos los actos de la vida; en fin, un pasaje de Huc, muestra á un tiempo mismo la antigüedad de su sistema de observancias inmenso, coherente y complicado, y el respeto con que se cumplen los preceptos de este libro:—«Bajo las primeras dinastías, dice un famoso moralista chino, el gobierno tenía una perfecta unidad, las ceremonias y la música eran en todo el imperio las mismas.»—Otro ejemplo aun. En el Japon y sobre todo, en la antigüedad, el ceremonial, en ciertos libros estaba determinado con un cuidado tal, que todo asunto, hasta el de una ejecución, estaba regulado en sus diversos movimientos, que estaban prescritos con una minuciosidad apenas creíble.

No es posible desconocer la necesidad de estas relaciones, cuando recordamos que con la composición y recomposición de grupos sociales producidas por el régimen militar debe producirse la evolución de las formalidades de la subordinación, formalidades que las necesidades de la violencia fortifican, que la

(1) La Loubère, *Du royaume de Siam*, I, 435.

(2) Bowring, *The Kingdom and people, etc.* I, 435.

(3) Symes, *Account of Embassy to Kingdom of Ava*, I, 282.

jerarquía de las clases vuelve más numerosas y cuyo cumplimiento continuo bajo la sanción de penas precisa más.

Es ventajoso indicar los caracteres morales que acompañan al desarrollo de la regla ceremonial unos y á su decadencia otros, desde el momento en que exponemos como se debilitan las prácticas á medida que el industrialismo se fortifica.

Hemos visto que la ceremonia toma origen en el *miedo*; por una parte supremacía de un vencedor ó dueño; de la otra temor á la muerte ó á un castigo en el vencido ó esclavo. En fin bajo el régimen de cooperación tal como el temor lo crea, desarrolla este sentimiento y conserva todas las formas de procedimiento propiciatorio. Pero á la par que se eleva el tipo social fundado en la cooperación voluntaria, el temor decrece, el jefe ú oficial subalterno no está ya á merced de su superior; el comerciante que ya no es víctima de las rapiñas ó de los suplicios del noble, tiene medio de obligarle á pagar; y el obrero no se halla expuesto ya á ser golpeado como un esclavo en el acto de cobrar su salario. Á proporción que el régimen que regula el cambio de los servicios por contrata, se extiende, y en que disminuye el que los impone por fuerza, los hombres se temen ménos unos á otros y por consiguiente se dedican mucho ménos al cumplimiento de las formalidades propiciatorias.

La guerra tiene como efecto necesario, el de sostener el espíritu de *engaño*. Emboscadas, maniobras, falsos ataques, etc., todas estas operaciones implican el engaño, y es para todos, uno de los caracteres del génio militar, el de engañar al enemigo por medio de estos actos. El esclavo, este producto de las guerras afortunadas, supone la práctica diaria de la doblez. Contra la cólera de un amo cruel, es una protección para el esclavo la de un engaño afortunado. Bajo el poder de tiranos sin escrúpulo en sus exacciones, un engaño ingenioso es un medio de salud y un motivo de orgullo. En fin; todas las ceremonias que acompañan el régimen de la violencia están penetradas por el elemento de la insinceridad: el adulador no cree en las alabanzas hiperbólicas que prodiga; nada siente del amor que manifiesta á su superior y en nada se asocia á la felicidad que á juzgar por sus palabras le desea. Pero á medida que la cooperación voluntaria sustituye á la forzada, se vuelve ménos fuerte y continúa la tentación de engañar para evitar aquella clase de castigos, y al mismo tiempo, la confianza encuentra un terreno favorable, porque la cooperación voluntaria no puede prosperar y extenderse sino á condición de que la confianza mútua crezca. Aunque en las diferentes operaciones industriales subsiste mucho aún la desconfian-